

Érase una vez, durante la pandemia...

Abelardo Carro Nava

Maestro en educación. Profesor de la Escuela Normal Primaria “Profra. Leonarda Gómez Blanco. lalitonan8@gmail.com

Era el preámbulo del inicio del ciclo escolar en agosto de 2021, y diversos colectivos docentes batallaban en sus respectivos centros escolares para organizar lo que, desde un principio, difícilmente estaba organizado por las autoridades educativas de todos los estados y del país.

El regreso a las aulas era inminente, pues el confinamiento educativo al que necesariamente se tuvo que recurrir en marzo de 2020 para evitar la rápida propagación del virus SARS-CoV-2, causante de la pandemia mejor conocida como Covid-19, dio cierta tregua a la humanidad. Se dijo: *“los maestros ya están vacunados, ya se puede regresar a las escuelas”*. Palabras más palabras menos, esa fue la tesis de un discurso que jamás se acompañó de hechos y/o de acciones tendientes a favorecer un regreso seguro a las instituciones educativas.

Recuerdo muy bien que algunos colegas que laboraban en una escuela primaria pública ubicada en Jojutla, Morelos, habían contemplado la asistencia de los niños dos días a la semana con un lapso de tres horas cada día; claro, aplicando los conocidos y difundidos protocolos sanitarios para un regreso seguro a las aulas como el empleo de un cubrebocas, aplicación de gel antibacterial, papel y jabón personal para cada alumno, además del lavado de manos constante.

En una escuela primaria, también pública, en la capital del estado de Tlaxcala, de organización completa, se consideró la asistencia de alumnos, siempre y cuando los padres así lo autorizaran, para que recibieran clases de lunes a jueves en dos grupos, es decir, un primer grupo acudiría lunes y miércoles, y el segundo grupo lo haría martes y jueves; para aquellos pequeños cuyos padres no dieran su visto bueno, el trabajo se realizaría a distancia por medio de la red social denominada *WhatsApp*; el día viernes los profesores lo destinarían para evaluar actividades y tareas encomendadas. Desde luego que la aplicación de los protocolos sanitarios se fijó como un propósito, tal y como sucedió en la anterior escuela.

En un jardín de niños de organización bidocente, ubicado en una comunidad rural en alguno de los municipios de Veracruz, las educadoras contemplaron iniciar el ciclo escolar en línea, mientras se preparaban las instalaciones con la finalidad de que, cuando los niños asistieran a la escuela, lo hicieran de manera intercalada, un grupo lunes y miércoles, y el otro martes y jueves; los días viernes se consideraría para realizar un trabajo a distancia vía *WhatsApp*.

En una escuela Normal pública ubicada en la entidad tlaxcalteca, se acordó la asistencia de alumnos considerando un aforo máximo del 30% durante una semana para que, a la siguiente, asistiera otro 30% y así sucesivamente hasta que se alcanzara el 100%. También se contemplaron dos protocolos sanitarios, en la puerta de la escuela y en la entrada del salón. El trabajo docente se realizaría de manera “*híbrida*” y, para ello, se colocaron tres *módems* en puntos estratégicos para que la conexión a internet favoreciera el acceso de los estudiantes que se encontraban en casa.

Independientemente del nivel educativo que he narrado en estos párrafos, cada colectivo docente, de acuerdo a sus posibilidades y recursos con los que contaba, se organizó con la finalidad de dar continuidad al proceso formativo de sus estudiantes. No había de otra, las autoridades educativas, estatales y federales estaban rebasadas y, aunque hasta el hartazgo se dijo que nadie estaba preparado para una pandemia de esta naturaleza y magnitud, cosa que es cierta, también es cierto que cada uno de estos colectivos mantuvo el Sistema Educativo a flote porque, claramente, el barco estaba encallado mucho antes de que esta pandemia hiciera acto de presencia.

Cuando comenzaron las clases presenciales en las aulas, una de las dificultades que se detectaron de inmediato, fue la evidente indisciplina que tenemos los seres humanos; es obvio, nuestra misma naturaleza, y la adaptación a eso que ya hemos definido y aceptado como “*nueva normalidad*” puso al descubierto que, indicaciones fundamentales como la sana distancia o el empleo correcto del cubrebocas no se lograra por completo; lo sabemos, la interacción que sucede en el aula nos obliga a ello. Y luego los recesos; esos espacios donde el esparcimiento y la algarabía de los individuos se pone de manifiesto, se convirtieron en lugares nunca antes vistos: lavado de manos cons-

tante, cubrebocas en todo momento y una ingesta de alimentos bajo la vigilancia de los maestros cuidando la distancia requerida.

Con relación a las clases qué se puede decir, de nueva cuenta los colectivos docentes tuvieron que organizar un esquema de trabajo diferente porque desde el cielo no caía nada; por ejemplo, los maestros cuyos grupos de alumnos asistían de manera intercalada durante la semana, planeaban sus actividades priorizando contenidos o dosificando los mismos pues, un mismo tema lo tenían que abordar dos días a la semana, sin olvidar a aquellos que no asistían a la escuela, pero que les tenían que enviar actividades o cuadernillos los días viernes. El caso de esa extraña modalidad “*híbrida*” implementada, no había de otra, los profesores tenían que emplear y conectar su teléfono y computadora personal a la red habilitada, se enviaba el *link* a los estudiantes que en esos momentos no asistían a la institución para que se conectaran mediante *Google Meet* y comenzaba la clase; una sesión que emulaba, de alguna forma, una presencialidad inexistente.

Debo decirlo, transcurridas tres semanas desde que inició el ciclo escolar, el cansancio en todos apareció; era obvio, este regreso a clases no fue como se esperaba ni como se había organizado. ¿Sería difícil regresar a las aulas? Sí, pero nunca se imaginó qué tanto. ¿Y las autoridades educativas? En su mundo, en sus discursos, en sus palabrerías. ¿Qué importaron los números que indicaban casos confirmados de contagios en los alumnos y profesores por ese regreso a clases en las escuelas? Sí, es cierto; determinar en qué momento una persona se contagió de este terrible virus resulta ser extremadamente difícil, no lo niego, pero tampoco niego que para dichas autoridades estos actores educativos solo representaron números y más números pues, en varias conferencias del presidente, mejor conocidas como “*las mañaneras*”, con bombo y platillo se anunciaba la apertura de *N* cantidad de escuelas abiertas como si hubiese sido un gran logro de gobierno. ¡Vaya logro!

Y entonces, ¿por qué dicho regreso no fue como se había organizado? Los constantes ajustes que las maestras y maestros tuvieron que hacer, por ejemplo, en su planeación para el abordaje de contenidos o para evaluar las actividades encomendadas, derivadas de la asistencia irregular de sus estudiantes o del envío de sus evidencias

en razón de las tareas que les fueron dejadas, se convirtieron en una constante que, de alguna forma, modificó contantemente la organización del trabajo docente. No, no fue fácil. Se sobre responsabilizó al docente. ¿Y las autoridades educativas? En sus laureles.

Como pareciera ser obvio, cuando terminó la quinta semana desde que inició el ciclo escolar, se comenzó a percibir una cierta adaptación en cada una de las escuelas, es decir, se comenzó a *normalizar* la serie de eventos que en ellas ocurría: irregular inasistencia de alumnos, falta de material que apoyara los filtros escolares, el conocimiento y confirmación de casos positivos en estudiantes y maestros, la inestable conexión a internet, la exigencia de no reprobar a nadie, la incomprendible entrega de reportes semanales a las autoridades educativas sin que hubiera una retroalimentación de su parte, la continua y extenuante elaboración y valoración de cuadernillos, en fin, todo un cúmulo de cuestiones que pronto se convirtieron en el pan de cada día.

Hoy día prácticamente todas las escuelas, de todos los niveles educativos de nuestro país, han abierto sus puertas con aforos del 100%, buenos números para el gobierno, pero ¿y el abandono escolar?; es más, ¿qué política se ha implementado para que aquellos alumnos que por diversas razones dejaron la escuela logren reincorporarse con la finalidad de que continúen con su trayecto formativo?, ¿qué acciones han emprendido los distintos órdenes de gobierno, de manera conjunta con las autoridades educativas, para que las escuelas cuenten con espacios dignos y con servicios de la misma naturaleza?

Tal parece que, en el gobierno, se ha construido la idea de que haber entregado un par de litros de gel a los centros escolares y algunos cubrebocas a los niños es motivo de orgullo, satisfacción y celebración por el deber cumplido, pero ¿qué deber se cumplió si las escuelas abrieron sus puertas al más estilo priista *así llueve, truene y relampaguee*? En cualesquiera de los casos los hechos ahí están para ser tomados y valorados en su justa dimensión. Desde luego, los colectivos docentes y las comunidades educativas merecen un reconocimiento hoy y siempre; su esfuerzo, dedicación, capacidad y entrega a su profesión y quehacer diario ha quedado de manifiesto, algo que no han entendido en las oficinas de la Secretaría de Educación Pública o, si lo han hecho, ha sido para su conveniencia.